

esquina de la calle de Saint-Médéric y que luego tomó la dirección del castillo.

— Es el rey que sale — dijo el marqués, cuyas facciones estaban contraídas por haber contenido tanto tiempo su exasperación.

— Se da prisa para ir á contar á madama de Pompadour su conversación con esa muchacha — sobre todo el final — y pedirle consejo — observó el vizconde.

— ¡Pobre Camila! ¿qué va á ser de ella?

— ¡Pobre Francia! habría que decir, — murmuró, con amargura, Romualdo. — Pobre Francia, que debe obedecer á tal hombre... En cuanto á la joven, hará lo que han hecho tantas otras que, prefiriendo sepultarse vivas á hacer pública su deshonra, han acudido á la soledad del claustro.

— Á menos que, según tiene intenciones, se mate para no tener más que padecer.

— Ese sería, en efecto, un remedio á sus males; pero es de esperar que reflexione y cambie de idea, porque muy triste es llegar á ese extremo á su edad, por la sola culpabilidad de haber creído en el amor...

— ¡De un rey!... — añadió el marqués, — lo que, según parece, merece castigo.

Callaron ambos jóvenes, y empezaron otra vez á explorar con la vista la extensión del jardín.

XVIII

INTELIGENCIA IMPOSIBLE

Dos horas largas transcurrieron sin que se turbasen lo más mínimo la soledad y el silencio del cercado; y ya empezaban nuestros dos amigos á impacientarse temiendo que, por cualquiera causa, no apareciese la que ellos esperaban, cuando la vieron bajar por la escalinata del pabellón pequeño.

— ¡Ahí está! — exclamaron simultáneamente.

— Hagámosla pronto una seña — propuso el marqués.

— Dejemos primero que se acerque; todavía está muy lejos y no nos reconocería — repuso el vizconde.

— ¿Cree usted?

— Seguramente, y tal vez, nuestras señas, en vez de atraerla hacia nosotros, la espantarían, induciéndola á entrar de nuevo.

— Es verdad; no se me había ocurrido.

— Y hasta pudiera suceder que, tomándonos por malhechores, diese la alarma é hiciera que nos expulsasen de aquí. Por consiguiente, no nos dejemos ver hasta estar seguros de que ella nos reconozca á primera vista.

Enrique no pudo menos de aprobar la prudencia de su amigo.

Ambos continuaron, pues, inmóviles, siguiendo con ansiedad los pasos de la señorita de Nevers.

Ésta habíase internado en una alameda que salía del pabellón y llegaba á un lugar plantado de arbustos entrelazados entre los cuales había varios bancos rústicos.

Caminaba lentamente, con paso maquinal, recogiendo á veces alguna flor que se hallase al alcance de su mano, respirando su perfume y arrojándola luego al suelo para recoger otra.

Era la primera vez que salía, desde su ingreso en el Parque de los Ciervos.

Hasta entonces había permanecido en su cuarto, preocupada por la conversación de la víspera, con el « amigo de su padre », y sin pensar apenas en gozar de la libertad que tenía de distraerse paseando por el parque.

Lo cual permitió á Luis XV tener con Camila, en el jardín, la explicación que ya conocemos.

Sin embargo, como la asfixiante atmósfera que reinaba en su cuarto acabó por serle intolerable, habíase decidido la joven á ir en busca de un poco de fresco en medio de la verdura.

No había vuelto á ver al señor Kzinski.

No obstante, éste había ido á la calle de Saint-Médéric con intención de visitarla y, de intentar insinuarse más en sus gracias; pero, queriendo ver antes á su antigua amante, cuyo mal humor poco ordinario le había indicado la Bertrand, la conversación que con ella tuvo le desvió de su proyecto.

Como el cuidado de su dignidad era superior al de sus amores, se apresuró, como lo habían previsto los dos jóvenes, á ir á entenderse con la favorita acerca de « las medidas especiales de seguridad » que había que tomar con Camila, para que ésta no pudiera comunicar á nadie el secreto que poseía.

Blanca había llegado al punto en que terminaba la alameda.

El lugar le parecía agradable, y se sentó en uno de los bancos más sombríos, y, á guisa de pasatiempo, empezó á deshojar una rosa que acababa de coger.

Según estaba colocada, hallábase de frente á los escuchadores.

Éstos buscaron en su rostro los indicios de los padecimientos morales que, según ellos, había debido experimentar desde la antevíspera; pero nada que los revelase pudieron descubrir en sus facciones.

Sólo notaron que estaba algo triste y que parecía meditabunda.

Esa casi tranquilidad extrañó á los jóvenes, sobre todo á Enrique de Lagardère, que hubiera querido ver á su hermana más inquieta, más atormentada.

Conociendo el carácter altivo de Blanca, preguntá-

base qué es lo que podría hacerle aceptar tan plácida-mente su suerte.

Presumía alguna emboscada que la hubieran tendido para captarse su confianza.

Esa idea aumentó en él el deseo de ponerse cuanto antes en comunicación con ella.

El banco en que estaba sentada la niña, hallábase sólo á unos veinte pasos de la tapia : por lo tanto, su voz debería de llegar fácilmente hasta ella.

Perforando entonces con la cabeza la mata de plantas, llamó :

— ¡ Blanca!...

Ante ese llamamiento, la señorita de Nevers experimentó un ligero sobresalto, y se levantó rápidamente, mirando en torno suyo.

En su fisonomía se leía al mismo tiempo el asombro y su orgullo ofendido.

Evidentemente, no admitía que ningún extraño, así fuera el príncipe polaco, se permitiera llamarla tan familiarmente.

Al cabó de un momento, durante el cual inspeccionó los alrededores sin ver á nadie, pues no pensaba en levantar los ojos hacia la tapia del cercado, preguntó en alta voz y con acento bastante rudo :

— ¿Quién ha pronunciado mi nombre?

— Yo, Blanca, yo, tu hermano — contestó Enrique enderezándose más sobre el follaje. — Mira en dirección de la tapia y me verás.

Esta vez fué iluminada la señorita de Nevers.

Dirigió los ojos hacia el lugar indicado, y vió á los

dos jóvenes, pues Romualdo acababa, como su amigo, de sacar la cabeza, de las matas que le tapaban.

Diffícil sería describir el asombro de la joven, y sus dilatadas pupilas así como su fija mirada indicaban claramente que parecía dudar de lo que veía.

Pero dándose cuenta Enrique de su sorpresa, quiso hacerla cesar en seguida.

— Sí, soy yo, yo mismo, con el señor de Dizons — dijo. — Ven aquí y te explicaré nuestra presencia en este lugar.

Reconociendo por fin Blanca que no era juguete de una ilusión, abandonó precipitadamente la rosa que estaba deshojando y corrió al pie del muro.

Luego, dejando estallar entonces la alegría que le producía la vista de su hermano, exclamó :

— ¡Cómo! ¿Enrique, querido Enrique, eres tú, á quien tengo la dicha de ver ahora? ¡Oh! ¡cuán contenta estoy! Entra pronto en este jardín, para que te abrace muy fuerte, por todo el tiempo que hemos estado separados. ¡Figúrate! ¡Pronto hará dos meses que no nos vemos!... Pero, ahora caigo... ¿habrás venido tú solo de Lorena?... ¿Con qué objeto has vuelto á Paris? ¿Vendrás también para hablar al rey acerca de papá?

— ¿Qué dices?... — preguntó Enrique, extrañado de todo aquello. — ¡Hablar al rey por nuestro padre! No entiendo una palabra.

— ¡Ah! ¡tú tampoco debes de saberlo!... ¡Pues bien! voy á decírtelo todo. Ven primero aquí, para que podamos hablar juntos tranquilamente.

— Querida Blanca — replicó el joven — una vez más

repito que no sé lo que quieres decir. No se trata ahora de nuestro padre, sino de ti, y sólo de ti.

— ¿De mí?

— Sí, de ti, á quien por medio de un infame lazo, han traído aquí.

— Ya lo sé, me lo han confesado.

— ¡Cómo!... ¡Se han atrevido!... — exclamó el joven marqués, tiñéndosele de púrpura la frente — ¿Y tú no te has rebelado? ¿no has saltado de indignación?...

— ¡Oh! sí... Al principio estaba furiosa; pero luego, cuando me explicaron la causa de mi raptó, tuve que reconocer que han hecho bien en proceder así, y me he calmado. Y hasta he dado las gracias al instigador.

Los jóvenes estaban confusos al ver hablar á la joven con tanta serenidad de lo que á ellos les parecía monstruoso.

¿Habría consentido Blanca en ser una nueva Camila?

¡Oh! ¡no! eso no era posible; y de nuevo pensó Enrique que habrían sorprendido con alguna mentira vergonzosa la confianza de su hermana.

— Pero, desgraciada — le dijo — ¿no sabes dónde estás?

— ¡Ya lo creo! En casa del príncipe Boleslas Kzinski, amigo íntimo de nuestra familia.

— Te han engañado odiosamente... Estás...

El marqués, con su acostumbrada vivacidad, iba á revelar probablemente á su hermana el nombre y el lugar en que se encontraba así como la suerte que le aguardaba, cuando Romualdo le tiró tan bruscamente de la manga, que tuvo que detenerse de pronto para

sujetarse con ambas manos para no caer desde lo alto de la tapia.

Por otra parte, no se enfadó por el medio algo brutal empleado por su amigo para detenerle la lengua, comprendiendo que era, en efecto, inútil enseñar á Blanca cosas que hubieran podido empañar la pureza de su alma.

— En fin — dijo, así que hubo recobrado el equilibrio — estás donde no debes estar... y el vizconde y yo venimos para hacerte salir de aquí.

— Al contrario, mi puesto esta aquí, y quiero quedarme.

Semejante repuesta era muy á propósito para trocar en irritación la impaciencia que había invadido ya al marqués; pero Romualdo de Dizons, no obstante su propio estupor, repitió su primer movimiento para advertir á su amigo, merced á lo cual éste añadió fingiendo calma:

— Te digo, Blanca, que han abusado de tu credulidad. Tienen respecto á ti designios horribles que, si persistes en quedarte en este lugar, no tardarás en conocer desgraciadamente.

— Querido Enrique, tú hablas así porque, bien lo veo, ignoras la desgracia de nuestro padre, que él te ha ocultado, lo mismo que á mí; pero cuando sepas lo que yo sé, no me incitarás tanto á que me vaya.

— ¡La desgracia de nuestro padre! — repitió el marqués, no pudiendo dar crédito á sus oídos — ¿Qué me dices? ¡El duque nunca ha estado en desgracia!

— Parece ser que sí — insistió la joven, á quien ener-

vaba la falta de fe de su hermano. — Pero, ven aquí. Yo te lo explicaré todo. — Por el otro lado hay una entrada, á la cual no tienes más que presentarte con el señor Dizons, diciendo que eres hermano mío, acompañado de un amigo, para que te dejen entrar en seguida.

— Tu candidez es inconcebible, pobre hermanita mía — dijo Enrique, algo desanimado. — ¿Crees que si hubiéramos podido llegar hasta ti por la entrada de la casa, nos hubiéramos tomado el trabajo de trepar á esta tapia?

— ¡Calla! pues es verdad — dijo la joven que parecía fijarse entonces en la singular situación de los dos jóvenes y no pudo contener una franca carcajada. — ¿Por qué os habéis encaramado ahí?

— Porque, como ningún extraño puede entrar aquí, esta es la única manera de poder hablarte y de poder entendernos contigo respecto al modo con que debemos sacarte de aquí, porque debes saber que aquí estás presa.

— ¡Sí; pero, te lo repito, presa voluntaria!; puesto que he aceptado esta cautividad y no quiero romperla.

— ¡Esto es demasiado! — exclamó el marqués, no pudiendo contener más la cólera que le comunicaba la obstinación de Blanca en permanecer en el Parque de los Ciervos y también la impotencia en que se veía de desvanecer el error de su hermana sin descubrirle la verdad acerca del papel que le estaba reservado. —

Así, — añadió — á pesar de lo que acabamos de decirte, ¿quieres quedarte aún en casa del... señor Kzinski?

— Naturalmente, ya que de él depende el que yo consiga la gracia del duque. Hemos convenido en que él vendrá á buscarme esta tarde para llevarme á un baile de máscaras dado por una dama de la corte en su castillo, cerca de Versalles, y en donde me presentará al rey, para que yo pueda suplicarle que le indulte á papá de su destierro. Ya ves, Enrique, que no puedo salir de aquí.

— ¡Ah! — replicó el marqués con ironía; — ¿es esa la fábula que han empleado para engañarte?

— No es ninguna fábula, y si tú hubieras hablado, como yo, de eso con el príncipe, no dudarias de que fuese verdad.

— Señorita — intervino Dizons, — su hermano tiene muchísima razón; le han mentido á usted groseramente, y le ruego que se entienda con nosotros para huir de este sitio.

— ¿Usted también piensa como Enrique, señor vizconde?

— Absolutamente.

— Pues lo siento muchísimo, porque iba á suplicarle que aprovechase su amistad para decidir á mi hermano á que me acompañase á ese baile. Estoy segura de que nuestra súplica hubiera emocionado al rey más que la mía sola.

Ambos jóvenes vieron claramente que no podían hacer caer la venda que cegaba á la señorita de Nevers, por lo cual tuvieron gran pena.

— Vamos — continuó ella — ¿quieres decidirte á entrar con el señor Dizons en casa del príncipe Kzinski?

Voy á ir á decir que te abran. Por más que digas, creo que no habrá ninguna dificultad.

Ante esa proposición, Enrique se limitó á encogerse de hombros sin responder.

— ¿Qué hacer, Romualdo? — preguntó al vizconde; — yo no lo sé. Esa terquedad de Blanca en no creernos me desorienta por completo.

— Le confesaré que lo mismo me ocurre á mí — repuso Dizons, también en voz baja. — Pero, pienso que deberíamos cambiar nuestras baterías y raptarla mientras esté en ese baile de que habla.

— ¡ Eso es lo mejor! Sí, sí, eso es; á favor del ruido y de la muchedumbre, la llevaremos aparte, y de grado ó por fuerza, huiremos con ella.

— Muy sencillamente. Es de creer que la morada de esa dama de la corte no sea una fortaleza como la casa secreta del rey y que podremos salir de ella con facilidad... ¿ Pregúntele pues, dónde ha de verificarse el baile?

Enrique hizo la pregunta á Blanca.

— En el castillo de Chèvreloup, en casa de la marquesa de Coislin — repuso la niña.

Ambos amigos se miraron y no pudieron contener una exclamación de sorpresa.

Según el relato de Rigoberto en las *hostería de la Campana Rajada*, era precisamente en manos de la marquesa de Coislin donde estaba Luisa Moutier.

¿ Qué querría decir aquello?

Cuando los jóvenes permanecían pensativos preguntándose lo que debían deducir de tan rara coinciden-

cia, vieron de pronto á una docena de soldados conducidos por un sargento que salían rápidamente de una de las casas, dirigiéndose hacia donde ellos estaban.

Á pocos pasos tras ellos caminaba la señora Bertrand, cuyos brazos, llenos de joyas, hacían grandes aspavientos y cuyo rostro estaba lleno de cólera.

Á ella se debía la llegada de aquella patrulla armada.

Un momento antes, la vieja miserable, que se daba el nombre de « abadesa del convento de amor », deseando ver cómo ocupaba Blanca el tiempo de su primer paseo, había bajado al jardín y la había distinguido conversando animadamente con dos jóvenes, de los que sólo se veía la cabeza sobresaliendo por encima de la tapia.

Sin saber exactamente de qué se trataba, había comprendido, no obstante, que para emplear estos últimos tal medio de comunicación con su prisionera, intentarían hacer abortar los proyectos que respecto á ella tenía el rey.

Por esa razón, corriendo á la facción más cercana, había requerido los hombres de guardia y conducíalos con ella, diciéndoles que en la habitación real se habían introducido por escaló dos malhechores.

Al ver la tropa, Enrique y Romualdo pensaron que debían abandonar el puesto.

Pero, para que no pareciese que huían ante el peligro, y más bien por dignidad que por bravata, tomaron el partido de esperar que cuando menos les intimasen una vez y se pusieron en pie para demostrar que despreciaban el disimular.

Blanca se había vuelto y parecía muy intrigada por la venida de los soldados cuya presencia en aquel lugar ignoraba.

¿De dónde saldrían, pues, y por qué se acercaban con aspecto amenazador?

Llegados á poca distancia de la tapia, detuviéronse los hombres. Acababan de reconocer que los suspuestos malhechores eran dos gentileshombres de bastante buena presencia.

Por consiguiente, el suboficial que los mandaba, un viejo sargento de faz enérgica, pero franca y leal, creyó deber tener ciertos miramientos con ellos.

— Señores — les dijo — como nuestra consigna es hacer uso de las armas contra toda persona que intente penetrar en este cercado, ó saber lo que pasa en él, les invitamos á marcharse inmediatamente si no quieren que les ocurra una aventura enfadosa.

— ¡Diantre! — repuso Dizons — ¡algo severa es su consigna, amigo!

— Es verdad, caballero; pero no por eso debemos dejar de ejecutarla. Así pues, sírvanse retirarse al instante.

— ¡Pues bien! Blanca — dijo el marqués — ¿crees ahora que sea fácil entrar aquí?

La joven miraba alternativamente á cada uno sin comprender lo que todo aquello quería decir.

— Pregunta á esa muñeca de cera vieja que está ahí detrás, si nos hubiera abierto la puerta, — añadió con mordaz ironía.

— ¡Vieja! — exclamó la Bertrand estremeciéndose

de furor al oír esa palabra y enseñando el puño á Enrique. — ¡Me llama vieja muñeca de cera!... ¡Ah! ¡no les perdonen ustedes, señores soldados! Disparen sobre ellos... disparen, sobre todo contra este... que no merece piedad alguna...

— ¡Calle usted su lengua! — le gritó rudamente el sargento; — sabemos mejor que usted lo que tenemos que hacer, y no necesitamos sus consejos.

Esta réplica, y el tono con que fué lanzada hicieron comprender á la celestina que perdía sus imprecaciones; no atreviéndose, pues, á alzar el gallo, tuvo que limitarse á dirigir al marqués miradas furibundas.

— Caballeros — continuó el sargento, — de nuevo y por última vez les ruego que se vayan; de lo contrario estaremos obligados á hacerles fuego, lo que, por mi parte, sentiría mucho, se lo aseguro...

Y con objeto de intimidar á los jóvenes que no parecían darse mucha prisa en obedecerle, hizo ademán de armar su mosquete.

Este movimiento no tenía aún nada de ofensivo; desgraciadamente varios de sus hombres lo interpretaron como una orden y dirigieron el cañón de sus armas hacia el muro.

Un segundo más y tal vez iban á romper el fuego cuando Blanca, notando al fin que atacaban á la vida de Enrique — en su cariño fraternal no se acordaba de Dizons — se precipitó delante de los soldados gritando:

— ¡Dios mío!... ¿qué hacen ustedes?... ¡Es mi hermano!... ¡No tiren!... ¡No tiren!...

Y con violento ademán trató de desviar con sus manos el cañón de los mosquetes.

Pero uno de los hombres, sorprendido por tan brusca intervención, apoyó involuntariamente el dedo en el gatillo de su arma, y se oyó una detonación.

Blanca lanzó un grito desgarrador, y se volvió, con el rostro descompuesto por la angustia. Esperaba ver al marqués tendido ensangrentado por el suelo.

Con gran alegría, lo vió en el mismo sitio que antes, y sin señal alguna de herida.

En efecto, el proyectil, dada la sacudida que ella había impreso al mosquete al agarrarlo, pasó muy por encima de la tapia y fué á perderse en los macizos del gran parque.

Entonces la joven juntó los manos en acción de gracias, luego, aniquilada por la emoción, desplomóse, desvanecida.

La Bertrand vió con gusto esta circunstancia que desenlazaba una de las más tirantes escenas.

Rápidamente lanzóse hacia la señorita de Nevers, cogiéndola en brazos con una fuerza de que nunca se la hubiera creído capaz y, así cargada, desapareció corriendo.

— ¡Cómo! ¡Es su hermano! — murmuraba al irse; — ella me dijo que estaba fuera de París. Con tal que no la haya inducido á averiguar la verdad. Si así fuera, habría que empezar todo de nuevo. Voy á hacerla volver en sí lo más pronto posible, para saber á ciencia cierta lo que hay. De todos modos, menester es que el rey ignore la cosa... Diría que no tenemos vigilancia.

Al ver á la miserable vieja llevarse á su hermana, Enrique había hecho un movimiento instintivo para lanzarse en su persecución; pero se contuvo pensando en lo que acababan de convenir Romualdo y él.

— Vámonos, amigo — dijo al vizconde, — ya nada tenemos que hacer aquí; es de esperar que seamos más afortunados esta noche.

Luego, añadió, dirigiéndose al suboficial que, al enterarse de la calidad del joven no había tenido valor para darle nuevo aviso, como tampoco á Dizons:

— Nos vamos, sargento; de todos modos, antes quiero decirle que ejerce usted un triste oficio.

— ¡Demasiado lo sé, caballero!; es una vergüenza para nosotros; pero, ¿qué quiere usted?, cumplimos las órdenes que nos dan... ¡Servicio de Su Majestad! — añadió más bajo, con tono de befa.

Dicho esto, ordenó dar media vuelta á los soldados, y fué con ellos al cuerpo de guardia.

Por su parte, Enrique y Romualdo — á quienes les había gustado mucho la respuesta del soldado, pues les demostraba que el ejército, lo mismo que el pueblo, juzgaba severamente la conducta de Luis XV — salieron de aquel paraje y, después de ir á buscar sus caballos á la hostería de *La Campana Rajada*, regresaron á París para tratar de obtener datos acerca del baile del castillo de Chevreloup y ver el medio de ser admitidos en él; lo que, teniendo en cuenta sus relaciones, no les parecía muy difícil.

Al volver en sí Blanca, su primera palabra fué preguntar por Enrique.

La Bertrand preveía esa interrogación.

— Su hermano — le dijo — ha venido á verla mientras estaba usted desmayada ; pero no ha querido quedarse por miedo á que su presencia causase á usted, al volver en sí, fuerte emoción y la hiciera caer en otro síncope.

Dijo con tal aplomo esta mentira, que la joven la tomó por muy veraz y contestó amablemente :

— ¡ Cuánto siento que no se haya quedado ! No me hubiera sentado mal, estoy segura, y me hubiese alegrado mucho de abrazarle. ¡ Nos queremos tanto, los dos ! ¡ En fin, espero volver á verle pronto !

Luego, recordando la llegada de los soldados y de lo que estuvo á punto de ocurrir, interrogó sobre ello á la vieja.

Ésta le explicó entonces que la propiedad del príncipe estaba aislada y que á menudo intentaban introducirse en ella ladrones por lo cual se había creído necesario que la custodiase tropa.

Por otra parte, la vieja decía no comprender por qué su hermano y el otro amigo no se habían presentado en la puerta de la calle de Saint-Médéric.

Era cierto que ningún extraño penetraba en la casa ; pero ellos no podían considerarse como tales y, como es natural, hubieran sido admitidos en el acto.

La singular idea que habían tenido de trepar por la tapia, fué causa de que se los tomase por gentes animadas de malas intenciones y de ahí resultó tan deplorable equivocación.

— Además — añadió para acabar de tranquilizar

por completo á la joven y sin sospechar la verdad que decía, — sabiendo que usted va esta noche al baile de la señora de Coislin, su señor hermano me ha encargado decirle que él estará allí con su amigo... se me olvidaba cumplir el encargo.

Esta noticia llenó de alegría á la señorita de Nevers y contribuyó mucho á borrar de su mente la mala impresión que le había producido la escena que acababa de presenciar.